

Ernesto Pérez Zúñiga

Escarcha



ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

Escarcha

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2018

© Ernesto Pérez Zúñiga, 2018
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 20760-2018
ISBN: 978-84-17355-51-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para José María Pérez Zúñiga.
Para el árbol del río*

¡Almas pasajeras!, vais a empezar una nueva carrera y a entrar en un cuerpo mortal. No se os escogerá una condición determinada; cada una de vosotras escogerá la suya. [...] La virtud no tiene dueño; sigue a quien la honra, y huye de quien la desdeña. Cada cual es responsable de su elección; Dios es inocente de ella.

PLATÓN

Somos víctimas de un extravío. El extravío sobre el cual hemos fundado nuestra vida, el de no darle a ella la primacía que le corresponde.

RAFAEL CADENAS

El extravío ocurre a menudo dentro de uno mismo.

LUIS MATEO DÍEZ

He pasado la segunda parte de mi vida rompiendo las piedras, perforando las murallas, taladrando las puertas y apartando los obstáculos que interpuse entre la luz y yo durante la primera parte de mi vida.

OCTAVIO PAZ

Grandes estrellas de escarcha vienen con el pez de sombra.

FEDERICO GARCÍA LORCA

EL TESORO

Capítulo 1

El río de Oro había dividido la ciudad y, en tiempos remotos, los buscadores solían mostrar ínfimas pepitas a los que se asomaban al puente. Ahora sus habitantes lo habían convertido en un basurero y se podía palpar, en las orillas verdes, el peso húmedo de los que habían desaparecido.

Así los vio Monte, como si fuese el único que podía hacerlo, y luego contempló cómo se alejaban su madre y sus hermanos: las espaldas, la manera de andar de cada uno de ellos, ajenos pero afines, amados pero ya remotos, cotidianos pero ya con la sombra de la siega, como el resto de los que paseaban en aquella misma hora, titilantes y diminutos por las líneas de la mano de un dios fugitivo.

Entonces, cuando se perdieron entre la gente, subió la cuesta de la Alhambra.

Todavía tendría una hora de luz.

Le habían acompañado a comprarle sus regalos de cumpleaños, unas botas para escalar con Robin y los demás, y un sombrero del que se había encaprichado, parecido al que llevaba su abuelo Ramón. Sería el único chico de trece años, en toda la ciudad, capaz de usarlo para ir al colegio, aguantando las burlas de sus compañeros de cla-

se. Pero le daba igual. Necesitaba hacerse fuerte porque no podía evitar sentirse solo en medio de todos.

Su familia estaba acostumbrada a sus rarezas desde que era muy niño, y ninguno se sorprendió cuando Monte dijo que quería celebrar su cumpleaños a solas, arriba, en el palacio de arcilla. Y le dejaron hacer, a su aire, mientras continuaban de compras por el centro, desconociendo lo que había ocurrido aquel fin de semana en casa de Robin. Monte ya nunca sería el mismo. Había descubierto que su profesor de música, al que tanto admiraban él y sus amigos, era un íncubo, igual que aquellos que atormentaban sus pesadillas, con la diferencia de que este era de carne y hueso.

Lo había leído en uno de sus libros favoritos, que reunía leyendas de muchos países. Los íncubos atacaban de noche, inesperadamente. Se abalanzaban sobre los durmientes y los inmovilizaban con su peso.

—¿Por qué lo haces? —le había preguntado a él, de noche.

—Por amor —contestó el íncubo—. Porque amo la pureza. Porque quiero abrazar tu pureza antes de que te conviertas en adulto, y la pierdas definitivamente, como yo la he perdido.

También había leído Monte, en el mismo libro de leyendas, que los íncubos conceden un tesoro a aquellos capaces de robarles un cabello antes de escapar en la oscuridad, y que el tesoro era mayor si la víctima era capaz de decir en voz alta el nombre del demonio que le había atacado.

Roberto, Robin, murmuró, y lo repitió en volumen creciente, subiendo entre los bosques del palacio, que dejaban caer sobre el camino inéditas páginas de otoño.

Gracias a aquella leyenda, se había acordado, en esa misma mañana tan angustiosa del lunes, de una bolsa de cuero que escondió en un muro de la Alhambra, años atrás, poco después de hacer la primera comunión, donde había depositado y desterrado los tesoros de su infancia.

Por supuesto, la bolsa no estaría allí. Era imposible que hubiera aguantado la lluvia, el viento, las estaciones multiplicadas, la curiosidad de cualquier otro niño o de las ratas y, sobre todo, los trabajos de restauración a los que se sometía de cuando en cuando el edificio. Recordaba perfectamente la zona donde la había colocado, detrás de un ladrillo suelto, cerca de la entrada. Por eso, cuando palpó la superficie hasta encontrar la ranura y la piedra cedió, al anochecer, y detrás de ella apareció la bolsita de cuero, intacta, sintió que había milagros que compensaban las horas en las que el asombro se une a la desdicha. El asombro también lograba unirse a la felicidad.

La abrió en casa esa misma noche, después de apretarla en la mano corriendo por la calle, dejando atrás una sombra y otra, rostros conocidos, el recuerdo de su padre, las farolas que teñían las aceras de un color parecido al otoño de los árboles. Sobre la cama, le aguardaban las cajas con el sombrero y las botas que su madre le había regalado, más unos pantalones nuevos que sustituían a los que él, al igual que su hermano menor, solía romper por las rodillas en el patio del colegio. Sopló en el polvo que manchaba el cuero de la bolsa y se esforzó en encontrar un resquicio para tirar del cordón que la cerraba. Allí estaban sus verdaderos regalos de aquel día, que se desperdigaron encima de la colcha y que Monte fue examinando uno a uno, incrédulo por haber-

los recuperado, mediante un poder desconocido, desde otra dimensión de la que no estaba previsto que volvieran nunca:

la medalla de su bautismo,
una jeringa en miniatura,
una cabeza de madelmán,
un trozo de cera azul,
dos insignias militares, una de metal y otra de tela,
una navajita
y la llave del arcón arrumbado en el armario.

Tomó la medalla y, trece años después, todavía se extrañó al descifrar su nombre completo: Manuel Montenegro Moncada, en una letra diminuta.

Cuando pasaban lista en el colegio, o cuando le entregaban las notas de los exámenes, sentía un leve rechazo ante su nombre y apellidos, tan rotundos, con tantas emes y enes, como si trataran de atraparlo entre montañas que se elevaran en la caligrafía. Y él estaba en medio, como un valle por descubrir.

Se acordaba bien de la primera vez, en su infancia, cuando experimentó un repentino extrañamiento: «¡Manuel!», alguien le llamaba, y él supo que jamás le representaría aquel sonido, que él era alguien diferente al que trataban de clasificar bajo una palabra, igual que iba recelando del nombre de tantas cosas que había en el mundo. Cómo le molestaba eso. Caminar por el campo y que las misteriosas formas que vibraban entre el aire y la tierra fueran enjauladas dentro de un concepto: árbol o espiga, olivo, olmo, trigo o cebada. Él recordaba percibir cada una de esas formas de la existencia más allá de sus nombres, vivas y con una personalidad propia. Las reconocía y era reconocido por ellas. Hasta que otra vez venía el nombre a fastidiarlo todo.

—Manuel, esto es un «bosque».

Y entonces aquellos fabulosos seres que se agitaban despacio, susurrantes, terminaban mudos y quietos dentro de una palabra.

Fue su abuelo Ramón el responsable de bautizarle otra vez.

–No me gusta cómo me llamo, abuelo. Es como si hubiera alguien dentro de mí con otro nombre, o con ninguno.

El abuelo, riéndose, le contó la historia que le ampliaría muchos años después:

–Tu padre se llama Manuel y tú también –le dijo–, en honor de mi mejor amigo, que me salvó la vida cuando estuve a punto de morir en la cárcel, hace muchos años, después de la guerra. Él vino a rescatarme desde Francia y allí volvimos hasta que pude regresar a España, después de la muerte de tu abuela Raquel. Manuel no ha querido volver. Está un poco loco, como tú, pero es la mejor persona que conozco. Así que, si no te gusta tu nombre, tienes todo el derecho a cambiarlo. Eres un Montenegro, y con los ojos de mi padre, que era una montaña. Tú, un monte pequeño todavía. A partir de hoy, te llamaré Monte y que los demás hagan lo que quieran.

Pero el apodo hizo fortuna entre el resto de la familia, comenzando por su madre, Elvira, que así podía diferenciar al padre y al niño, cuando los llamaba desde la cocina, voceando después el nombre de sus otros dos hijos, Lurdes y Miguel, como si lo hiciera por orden de edad.

Monte sonrió al revivir a su padre y acarició, en la medalla, la figura diminuta de un ángel. De pequeño los creyó ver, y dejó de verlos con certeza cuando le operaron

de aquella verruga en el entrecejo con la que había nacido, de la que le quedaba una visible cicatriz.

Su madre le había contado muchas veces las circunstancias de su nacimiento. Cómo ocurrió al amanecer, después de que ella se arrodillara en la iglesia la tarde anterior, rezando para que le naciera un hijo con el pelo y los ojos de Robert Redford, aunque no tan rebelde como eres, ni con aquella verruga que parecía que viniste al mundo con un pequeño cuerno de rinoceronte.

–A lo mejor era de unicornio, mamá.

–Qué más da. No quisimos operarte tan pequeño. Preferimos esperar a que crecieras un poco.

–No era una verruga tan grande.

–Pero daba malfario. La prima Sara me había dicho que en otra vida te habían matado de un tiro en la cabeza. Y que por eso tenías esa marca de nacimiento.

–Eso te lo estás inventando.

–Me da igual. Suficiente razón para quitártela.

Y, con ella, la capacidad de percibir lo invisible.

Su padre, Manuel, le había contado cómo nació con los ojos abiertos, con una curiosidad por todo lo que se movía, por la apariencia de cada objeto, las camillas del hospital, el instrumental quirúrgico, los fluorescentes del techo, el aluminio de las ventanas, las batas de los médicos.

–Sara me dijo –continuó su madre en el recuerdo– que estabas extrañado por cuánto había cambiado el mundo que conociste en tu vida anterior.

–No digas más tonterías, Elvira –intervino su padre–. Parece mentira que seas católica y apostólica. Y que hayas sido la mejor pianista de España.

–Al menos creo en algo más que en la política. Hijo, ten cuidado con parecerte a tu padre y a tu abuelo.

Eso era imposible. Con un abuelo como el legendario Ramón Montenegro, que había luchado contra los nazis y había liberado París, la política aparecía a menudo en las reuniones familiares, aunque se evitaban en presencia de la otra rama, los Moncada, los padres de Elvira, que habían vivido en sintonía con la dictadura. Monte, de niño, se sintió especialmente unido a ellos.

También hablaban de los ángeles, pensó observando la medalla, *aunque los míos eran más extraños*.

Percibía miradas, esa era la mejor manera de explicarlo. Las calles y los parques repletos de miradas sueltas, que no venían de un rostro, y que a veces le prestaban atención a él, desde el agua estancada de una fuente o entre las hojas de los árboles. Parecían esconderse dentro de un agujero en la tierra, entre las hormigas. O habitaban en las cortinas de luz de la tarde. Cuando Monte se apresuraba a tocarlas, se quedaba con un trozo de tela en la mano.

—La mirada de las nubes nunca he dejado de verlas —dijo Monte a la medalla—. Pero sí las sombras que vinieron acompañando a la bruja Casilda.

Las imaginó un tiempo en el edificio donde vivían, arrinconadas debajo de un ventanuco, observando a los tres hermanos que bajaban corriendo las escaleras, antes de saludar al portero, Mariano, que se entretenía tallando flautas.

—¿Tú las ves? —le preguntó un día Monte—. ¿Conoces a esas sombras que viven en el rellano?

Mariano, que tenía unos ojos penetrantes, muy azules, le contestó que no, que allí no había nadie salvo ellos.

—Si él con esa mirada que parece arder no las veía, entonces no existieron —continuó Monte hablando con

la medalla—. Menos mal que me operaron de aquella verruga.

Unos días antes de cumplir trece años, había descubierto en clase aquel cuadro de El Bosco, donde el médico, ataviado con un embudo, extraía la piedra de la locura.

Me hicieron lo mismo en el entrecejo. Aunque seguro se dejaron algo dentro de la piel.

Pero mucho antes, mientras aún conservaba la locura al completo, quiso esconderse cuando su madre le abrió la puerta a Casilda, aquella muchacha de Alfacar cuyos padres trabajaban la tierra de los Moncada. Monte y sus hermanos la recibieron como a la encarnación femenina del yeti. Quizá por aquel espantoso abrigo, fabricado por su padre, según decía ella, con la piel de los conejos que había cazado y descuartizado en el campo. El yeti permanecía en la entrada de la casa, aguardando, colgado en el perchero. Y los hermanos jugaban a correr por el pasillo para tocar ese abrigo que parecía una conejera de fantasmas. Luego regresaban, riendo y despavoridos, sin haberlo rozado.

Casilda había venido a cuidarlos cuando Elvira Moncada, célebre pianista en los repertorios de Chopin y de Schubert, debía ausentarse en época de conciertos. Le causaba tanto conflicto abandonarlos que ella acabaría abandonando su exitosa carrera, a pesar de la oposición inicial de su marido, profesor de literatura en la Universidad de Granada.

Monte recordó las manos huesudas de Casilda, que apretaba en exceso las suyas cuando los llevaba al parque; su risa, también exagerada, en los bares donde les hacía entrar cuando quedaba con su novio; su nariz de pájaro y aquellos ojos negros, bonitos, en los que los tres hermanos querían confiar.

Un día aquellas manos se atrevieron a destapar la tapa del piano, y comenzaron a reptar con torpeza sobre la superficie negra y blanca. Monte permanecía absorto en los dedos de Casilda, cortos y anchos, opuestos a los de su madre, y en el horrible sonido que sacaban a las teclas. Sintió un pellizco en el estómago, al que le siguió el estruendo de la tapa del piano al caer de golpe y el grito de Casilda y la risa de sus hermanos.

–Han sido los conejos del abrigo –dijo Lurdes, la más lista de los tres.

En cualquier caso, Casilda la tomó con Monte, porque era el que estaba más cerca de ella en aquel momento.

–A partir de ese día trató de matarme –le dijo Monte a la medalla–. Y no se conformó con un solo método.

La dejó sobre la cama y, acercándose a la estantería, cogió el libro de leyendas.

Donde viven los incubos, pensó, donde ahora vive también Robin.

Luego acercó el rostro a una de las fotografías pegadas en la pared, con chinchetas.

–Padre –susurró besando la imagen–; por qué me has abandonado.

Capítulo 2

Tomó de la colcha la cabeza de madelmán y la sostuvo en la mano. Conservaba el pañuelo de pirata y los ojos nítidamente pintados, como reclamando el juego que ya no volvería. Debió de venir a casa en uno de sus primeros cumpleaños. Monte recobró la primera alegría de recibir un regalo en el cuarto de sus padres, donde su madre guardaba sus tesoros en un armario abarrotado de vestidos, partituras, collares con turquesas, un anillo enroscado en forma de serpiente, pañuelos de seda del Japón, una caja de música donde la bailarina giraba en su mínimo baile al son de un *Cascanueces* que se iba debilitando conforme la cuerda se gastaba, todos regalos de admiradores, entre los que había destacado, en primera fila de los conciertos, el galán enamorado que se llamaba Manuel Montenegro y que había pedido a la pianista que se casara con él.

Y, como era rojo y de familia de rojos, los Moncada se la habían entregado a regañadientes, a pesar de lo cual les habían hecho generosos regalos de boda, entre los que destacaba aquel armario del que había acabado saliendo el madelmán pirata.

Monte lo prefería a guerreros más convencionales. Ya desde niño había sentido debilidad por los rebeldes,

por influencia de su familia, claro está, donde cada miembro lo era a su manera, pero también por inclinación propia. Rebelde ante Casilda, desde luego, que los trataba sin cariño, como ropa que no hay más remedio que lavar. Lurdes, con sus rizos de niña y sus mohínes, era la única que sabía llevársela al huerto. Miguel, el más pequeño, ponía pies en polvorosa ante la presencia de Casilda. Monte, que había cumplido cinco años, como hermano mayor, no tenía más remedio que afrontar el peligro.

Mirando la cabeza del muñeco, rescató la imagen de una de las fotografías que su madre guardaba en el armario: el propio Monte, muy niño, tocando el piano, con un vendaje a modo de turbante. Poco después de que Casilda se pillara las manos con la tapa, la foto fue tomada por Elvira, que trataba de enseñar a sus hijos las primeras lecciones de música, y a quien, después de tantos años, seguía divirtiendo aquella imagen de Monte. No le haría tanta gracia si hubiera sabido cómo se había quemado la cabeza, aventura que su hijo nunca le contó como tampoco le contaría lo que había pasado el fin de semana con Robin.

No se trataba solo de que Monte tratara de enfrentarse por sí mismo a la calamidad, sino que sentía vergüenza y el miedo de no ser perfecto y, por tanto, aceptado en aquella familia de artistas y héroes. Vergüenza de contar cómo se había acercado a la cocina donde Casilda guisaba al infierno, lo más rápido que podía, unos chorizos de su pueblo, con alcohol; cómo Monte, que albergaba una atracción especial por el fuego, se acercó tanto a la llama que acabó con una fogata en los cabellos de Robert Redford, los cuales a partir de aquel día nacieron más

oscuros, como si se hubieran chamuscado las raíces y también algo en los sentimientos del niño.

Habría sido una venganza de Casilda, un movimiento de su mano que, viéndole a él tan cerca, no pudo evitar la tentación que los fantasmas del abrigo le dictaban: derramarle sobre la cabeza un chorrito de alcohol, que enseñada se contagió del fuego de la hornilla. ¿Exageraba pensando que ella se divertía con estas crueldades? Si no se divertía, al menos le había permitido acercarse hasta la sartén, para ver qué ocurría. Monte podía comprenderla. Él también había sentido esa tentación muchas veces: por qué no dejarse llevar por el mal. Como aquella vez que, estrenando una escopeta de petardos, tiroteó a su hermano Miguel, que trataba de esconderse debajo de una mesa, llorando y tapándose los oídos. ¿Por qué no, Casilda? Al menos luego la muchacha apagó el incendio envolviéndole la cabeza con los trapos grasientos de la cocina. Se le habían quemado las cejas, y también las pestañas. Lo extraño fue que Monte volviera a probar aquellos chorizos al infierno.

Desde niño había aprendido a comer –y en grandes cantidades– lo que no debía, pero se libró de algunos alimentos innecesarios gracias precisamente a Casilda, quien trató de asesinarlo con un plan casi perfecto, que, de salirle bien, la habría exculpado con seguridad del crimen. Había ocurrido en el bar Orígenes, el más cercano a casa, donde Casilda se escapaba a tomar cervezas con Lucas, panadero de Alfacar y uno de los repartidores que venía a surtir las tiendas de Granada. Casilda muchas veces desaparecía con él, dejando a los niños en casa dormidos con unas gotas de somnífero que les administraba en la papilla. Pero una vez se llevó a Monte, seguramente

asustada porque el niño se había pasado veinticuatro horas durmiendo después de haber recibido una dosis excesiva de aquella receta gracias a la cual la niñera cumplía sus ansias de libertad. Sin duda, había que incluir en aquella actitud el resentimiento que Moisés, el padre de Casilda, sentía por Daniel Moncada, el patriarca de la familia, que habiéndolo empleado desde mozo en los olivos, le dejó ver la prosperidad de su casa durante demasiados años, a cambio de un salario al uso pero modesto.

El caso es que, para quedar entretenido en el bar, Monte recibió de Casilda un extraordinario regalo: un chicle envuelto en papel reflectante, cuyo misterioso funcionamiento, esto es, una comida que no se traga sino que uno se limita a mascar hasta la extenuación, se le escapaba por completo al niño. Casilda, que se percató de las dificultades de Monte con aquel instrumento en la boca, cedió a la ocurrencia de convertirlo en arma letal, añadiéndole, además de chicles nuevos, erróneas instrucciones de uso. Cuando Monte, con más de tres extrañas e incomodísimas gomas en la boca, harto y asqueado de la textura y del sabor intenso a fresa de plástico, preguntó qué hacer con ellas, Casilda, distraída en su tercera cerveza, le administró la solución pasajera de que se los tragara. Y Monte, que hacía lo posible por ser aceptado por aquella bruja, obedeció, pues de ella dependía su educación en aquel momento y pensó que, entre los muchos usos y costumbres que aprendía cada día, también sería canónico alimentarse de aquella cosa tan desagradable. Pero lo fue mucho más cuando se le obturaron en la garganta, y rojo, hinchándose, tiró de la falda de Casilda para pedir auxilio, y si no hubiera sido por su novio pánadero, que cogió al niño, lo zarandeó, lo sacudió y pal-

moteó, hasta que unos chicles pasaron al estómago y otros cayeron por el suelo, Monte habría muerto de la manera más estúpida a la hora del aperitivo de su niñera, mientras sus hermanos dormían con las gotas de Morfeo y sus padres se dedicaban a las bellas artes.

—Éramos lienzos en blanco —le dijo Monte a la cabeza de madelmán, que continuaba en su mano. Y como lo había visto en el colegio muchas veces, en la televisión y en los libros, habló al modo de Hamlet ante el cráneo de Yorik—: Ser lo que uno quiere ser o ser lo que los demás quieren que seas.

—Me lo vas a decir a mí —le contestó el muñeco.

Pero a pesar de Shakespeare y de otras tempranas lecturas, Monte desconocía la mayor parte de su propia vida.

Por ejemplo, la conversación que Casilda mantuvo con Lucas *el Panadero*, paseando por la Fuente Chica de Alfacar el fin de semana siguiente a los sucesos en el bar Orígenes.

—Pero qué te ocurre con ese niño, el otro día estuvo a pique de ahogarse —le reprochó Lucas.

—Te juro que es él solito el que se mete en esos líos. Es un bicho raro. Se inventa lo que le pasa. No para de preguntarme cosas que no sé. Si vuelan los pájaros, por qué no podemos volar nosotros. Cada vez que se asoma a la ventana me da un vuelco al corazón. ¡Por qué los chicles no van al estómago!, eso es lo que me había preguntado antes de decidir tragárselos él mismo. Que yo sepa, yo no puedo tragar por nadie. Muchos días me lo encuentro callado, muy serio, mirándome con reproche. Y encima con esa verruga en la frente que parece que es ella la que te está mirando.

–Menudo magín tienes, Casilda.

–¿Tú sabes lo que me dice el niño? Me pregunta por unas sombras que hay en la casa. Yo no veo a nadie, claro. El muy hijo de puta dice que soy el yeti.

–Casilda, que tiene cinco años. Si ese niño te toma el pelo, imagínate lo que puedo hacer yo contigo. Y los hermanos, ¿son iguales?

–Qué va. Miguel es un pillo, muy gracioso. Y Lurdes una muñeca, que pone cara de no haber roto nunca un plato. Te digo yo que fue ella la que me pilló las manos con la tapa del piano. Pero el Monte este, coño, me da grima. Parece que me sigue por la casa, no sé cómo quitármelo de encima.

–¿Has hablado con la madre?

–Sí, hombre, con la hija de don Daniel Moncada voy yo a hablar, para que el cuento le llegue a mi padre. Además, está siempre por ahí de conciertos. Soy yo la que se encarga de los niños.

Una tarde clara de aquel otoño se los llevó de paseo a la Alhambra, aunque tuviera que hacer un esfuerzo extraordinario para empujar el carrito de Miguel por toda la cuesta arriba.

Delante de la Puerta de la Justicia, Monte señaló la mano que había dibujada encima del arco de la entrada y la llave que ocupaba la misma posición en el arco más pequeño.

–¿Por qué están ahí, Casilda?

–Y a mí qué me cuentas, cosas de los moros, ponerlos a jugar.

Monte, ocho años después, en la noche en que había cumplido trece, con la cabeza de madelmán en la mano, revivió lo que sucedió a continuación. El muñeco aún no

había perdido el pañuelo ni la espada ni mucho menos el resto del cuerpo, que le serraría posteriormente para que pudiera entrar, al menos en parte, en la bolsa de cuero. Lo hacía caminar entre las ruedas del carrito de su hermano hacia un seto de los jardines. Cuando por fin lo alcanzó, Monte fue consciente del silencio que los rodeaba, a él y al muñeco, y se puso en pie. Sus hermanos y Casilda habían desaparecido. Contempló la enorme puerta de aquel castillo y avanzó hacia el zaguán oscuro. Los techos se elevaban en la penumbra. Gritó el nombre de sus hermanos, que sonaron gigantes en el vacío. Volvió a salir hacia la rampa, donde permanecía abandonado el carrito y sintió que no había ninguna diferencia entre aquel artilugio y él mismo bajo el aire frío del otoño. Un homúnculo de plástico, al que Monte se aferraba, era su única compañía.

Desde la cuesta, se acercaron dos gitanas con ramas de romero en las manos.

—Qué haces aquí tan solo, chiquillo —le dijo una de ellas. Las dos, vestidas de negro, tenían el pelo recogido en un moño, y el rostro hendido por las arrugas. Como hermanas gemelas, le escudriñaban con una luz grisácea.

Monte bajó los ojos.

—¿No ves que este va siempre acompañado? —dijo la otra—. Niño, mírame.

Monte vislumbró un instante a las dos mujeres en medio de una multitud de sombras, unas plateadas y otras oscuras, que se entrecruzaban como ríos.

—Pero los espíritus no quieren ser vistos —dijo una de las gitanas, frotando la verruga de Monte con una rama de romero—; prefieren que la oscuridad nos guíe.

—Para que encontremos trocitos de claridad por nuestra cuenta —dijo la otra—, y los sumemos unos con otros,

como yo hago con la calderilla que vamos consiguiendo.
¿No tienes una monedica que darnos?

Monte negó con la cabeza.

–Entonces ¿un billete? –preguntaron a la vez.

El niño les ofreció el muñeco, pero ellas lo rechazaron, diciendo, en una sola voz, antes de marcharse:

–En este mundo, sin dinero te quedas aún más solo.

Monte arrojó el madelmán al carrito, donde cayó boca abajo, indiferente a todo, un objeto más, silencioso, y que apenas valía algo más que su soledad.

Una pintora subió por la rampa, con el caballete al hombro, y lo instaló justo delante de la Puerta de la Justicia. Después se acercó al niño.

–¿Estás perdido?

Monte asintió y la mujer lo cogió en brazos. El niño sintió la calidez de sus pechos, que respiraban debajo del jersey de lana. Se apretó a ellos.

–No llores –dijo–; encontraremos a tu madre.

Monte señaló hacia la Puerta y repitió la pregunta que un rato antes le había hecho a Casilda.

–Cuenta la leyenda –dijo la pintora– que cuando la mano que hay encima de aquel arco atrape la llave que hay debajo se abrirá la tierra y aparecerán todos los tesoros de la Alhambra.

El niño lo hizo con su mente: ajustó la mano sobre la llave. Debajo de aquel palacio, había otro; donde había otro arco con una llave idéntica, que Monte volvió a usar en su imaginación; un tercer palacio apareció debajo del segundo, y volvió a ocurrir lo mismo con un cuarto; pero el tesoro nunca aparecía.

Algún día seré yo quien traiga un tesoro a este palacio, pensó antes de quedarse dormido.

Se despertó todavía en brazos de la mujer, que se había sentado en una silla plegable frente al caballete y el lienzo en blanco. Detrás de él, pero como dibujados dentro de él, Monte vio aparecer a Casilda, que llevaba de la mano a Lurdes y a Miguel.

Lo recogieron y se lo llevaron cuesta abajo, justo como si no hubiese ocurrido nada. Una nada que dejaba huella: en eso consistía vivir.